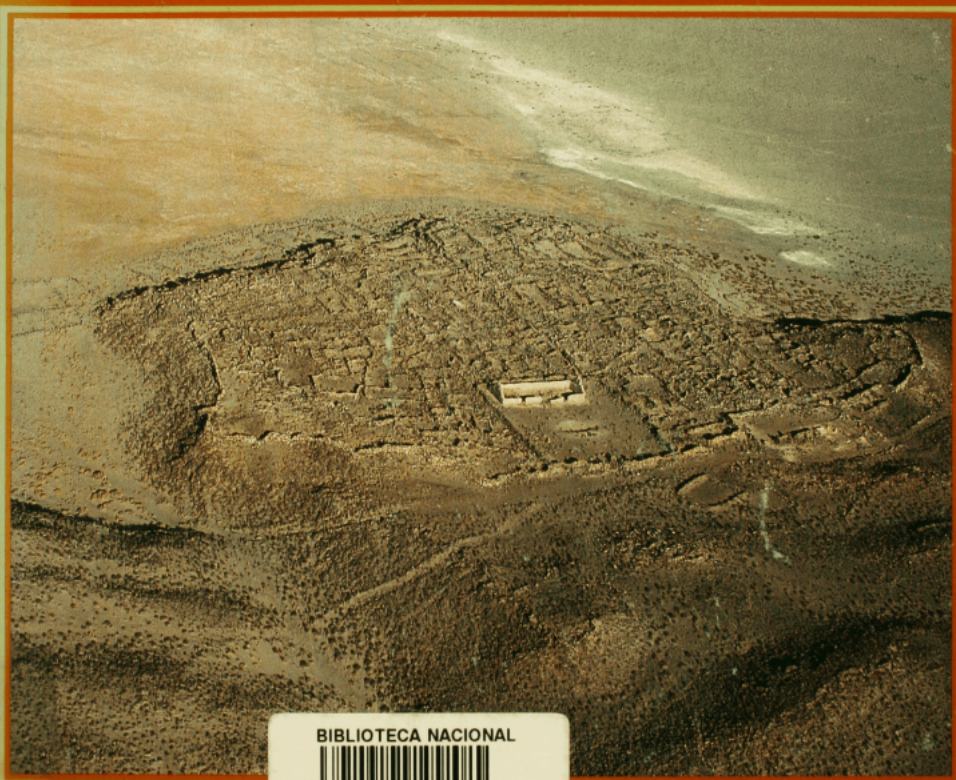


CULTURAS DE CHILE

PREHISTORIA

DESDE SUS ORIGENES HASTA
LOS ALBORES DE LA CONQUISTA



BIBLIOTECA NACIONAL



0280858

EDITORIAL ANDRES BELLO

ESTADIO ALFARERO EN EL SUR DE CHILE (500 a ca. 1800 d. C.)

Carlos Aldunate del S.

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo se intenta sistematizar datos obtenidos por estudiosos que se han preocupado de las manifestaciones agroalfareras en el sur de Chile. Los obstáculos que se encuentran en esta tarea son de variada índole ya que existe una gran cantidad de información que es muy dispersa en cuanto a calidad. La mayoría de los datos proviene de hallazgos ocasionales, excavaciones de salvataje o estudios de sitios, sin un plan de trabajo sistemático que guíe los grandes problemas de la historia cultural del área, usando un marco teórico adecuado. Solamente en los últimos años se han obtenido fechados absolutos, los que no pasan de cinco. Con anterioridad, las interpretaciones cronológicas se basaban en criterios de ausencia o presencia de "influencias" en la cerámica, método peligroso en un área que se caracteriza por presentar un destacado conservantismo en los estilos ceramológicos.

Las manifestaciones agroalfareras de estos territorios evidencian economías basadas fundamentalmente en la recolección, complementadas con una agricultura de tala y roza en pequeña escala⁽¹⁾. En este sentido, parece adecuado ofrecer un marco interpretativo de los fenómenos culturales basado en los recursos y potencialidades naturales de estos territorios, dividido en sectores, sobre la base de diferencias en la flora, clima y geomorfología. Los datos arqueológicos disponibles no permiten sino tratar de aislar diferentes complejos funerarios y situarlos en una secuencia temporal.

Desde el siglo XVI en adelante, los datos arqueológicos, interpretados junto con los

históricos y etnológicos, permiten postular la presencia de la cultura mapuche.

2. EL MARCO BIOGEOGRÁFICO

Quizá una de las tareas más difíciles de abordar es la de delimitar claramente el territorio donde se desarrollaron los procesos agroalfareros prehispánicos en el sur de Chile. Una cuidadosa revisión de los datos etnohistóricos y arqueológicos correspondientes a esta área confrontados con la actual información ecológica de que se dispone es de mucha utilidad para solucionar este problema.

Las crónicas del siglo XVI son muy escasas para describir los territorios y poblaciones ubicados al sur de los términos de Santiago. Señalan la existencia de un pueblo belicoso, que había detenido a los incas, de economía basada en la caza y recolección, que hablaba la misma lengua del Mapocho; la tierra era tan pródiga que gustaban más de ser flecheros que labradores⁽²⁾. Exceptuando esta escueta descripción, hay un vacío de información sobre toda la zona ubicada al sur de Santiago y que termina en el río Itata, donde "comienza otro temple, que hay invierno y verano y llueve más y los vientos más furiosos. No es de regadío y los bastimentos serían con el agua que reciben de invierno..." la cordillera... "desde aquí en adelante va montuosa de muy grandes árboles"⁽³⁾. Desde el Itata al sur, los cronistas del siglo XVI describen cada vez con mayor detalle, con auténtico asombro y a

⁽²⁾MARINO DE LOBERA, 1867: 263; BIBAR [1555] 1966: 137 y 138.

⁽³⁾BIBAR, *ob. cit.*: 152.

⁽¹⁾DILLEHAY, 1976; LUMBRERAS, 1981.

veces en forma exagerada, la fertilidad de montes y llanos, el sinnúmero de poblaciones que los habitan, las labores agrícolas y ganaderas y el aprovechamiento de los recursos marinos y terrestres por parte de los indígenas. Se cuenta también con detalladas informaciones sobre aspectos de organización familiar, social y religiosa de estos pueblos meridionales, por no mencionar la aún más abundante literatura sobre su organización y hazañas guerreras que forman la base de estas crónicas. En consecuencia, no es de extrañar que al sur del Itata el español funde ocho ciudades durante el período de su corta dominación en el siglo XVI. De acuerdo al sistema de la Conquista, la fundación de ciudades se hacía no sólo sobre la base de la minería del oro, sino que además suponía un contingente de indígenas y recursos locales necesarios para mantener a los españoles y los obreros mineros. Esta situación, dentro del reino de Chile y fuera de los territorios mencionados, sólo se produjo en Santiago y La Serena.

Para los territorios ubicados entre Santiago y el río Itata, la carencia de información arqueológica coincide con una extrema escasez de datos etnohistóricos, lo que sugiere un poblamiento prehispánico escaso o diferente para esta región, si se la compara con Chile central y con el área situada al sur del Itata.

Desde el punto de vista de los recursos naturales y de acuerdo a los estudios de Gajardo sobre la vegetación nativa chilena⁽⁴⁾ se puede dividir el territorio que se extiende al sur de los ríos Ñuble e Itata en grandes sectores (figura 1).

2.1. SECTOR SEPTENTRIONAL

Abarca desde las cuencas de los mencionados ríos hasta el cordón de Mahuidanche-Lastarria, donde domina ampliamente el bosque de roble (*Nothofagus obliqua*). Esta vegetación se caracteriza por un bosque de árboles grandes, frondosos y caducifolios, muy despejado, que permite la insolación del suelo, posibilita el crecimiento de pastos y arbustos y produce condiciones óptimas para el asentamiento humano, la práctica de la agricultura y la ganadería. Posiblemente no existe en Chile otro ambiente que presente semejantes características en cuanto a las posibilidades

de recolección. Se desarrollan allí más de veinte especies de árboles y arbustos que producen frutos o bayas, dentro de los cuales se cuenta el *maki* (*Aristotelia chilensis*), *gevuin* o *avellano* (*Gevuina avellana*), *Michay* (*Berberis serrata dentata*), *queule* (*Gomortega keule*), *pitra* (*Myrceugenia planipes*) y un número de otras plantas con frutos comestibles, utilizados hasta hoy para producir bebidas fermentadas. Entre las plantas que crecen bajo este bosque hay gramíneas, varias especies de tubérculos y papas silvestres, otras tantas de enredaderas con frutos comestibles; alimentos tan nutritivos como los chupones (*Greigea sphacelata*), el *panke* (*Gunnera chilensis*), *panul* o apio del campo (*Apium panul*) y *frutilla* o *khelgen* (*Fragaria chilensis*), para no mencionar los *digüeñes* (*Cyttaria* sp.), *loyo* (*Boletus loyus*) y otros innumerables hongos asociados a los robles. La *pitra* seguramente fue usada para fumar no sólo por sus aromáticas hojas sino porque su nombre evoca el verbo *pitremtun*, que alude a la acción de fumar. Los árboles y arbustos considerados sagrados por los actuales mapuches —*foige* o canelo (*Drymis winteri*), *maki* y *thilgue* o laurel (*Laurelia sempervirens*)— son también característicos de este bosque de *Nothofagus*. En el sector cordillerano oriental, y sobre la cota de los 900 m, se asocia a esta vegetación la *araucaria* o *pewen* (*Araucaria araucana*), cuyos abundantes y ricos frutos hasta hoy forman la base de la economía de los indígenas serranos. Una clara demostración del uso de este bosque por las poblaciones locales lo encontramos en la milenaria tradición del trabajo de la madera, que subsiste hasta hoy, con gran variedad de formas y funciones, en estos territorios.

La geomorfología de este sector se caracteriza por formar un plano inclinado que desciende de este a oeste dando origen a suaves planicies, que se interrumpe solamente con la cordillera de Nahuelbuta que tiene una elevación considerable, presentando vegetación de *araucaria* y *lenga* (*Nothofagus pumilio*). Este cordón hace el efecto de una cortina de lluvias o "biombo climático" que produce condiciones de mayor sequedad y continentalidad en el valle central, proporcionándole excelentes condiciones para la práctica de actividades agrícolas.

Hasta hace muy poco, las mejores cosechas de trigo se obtenían en este valle central, entre los ríos Malleco y Cautín. La cordillera de los Andes comienza a disminuir notablemente en altura, presentando pasos bajo los

⁽⁴⁾GAJARDO, 1983.

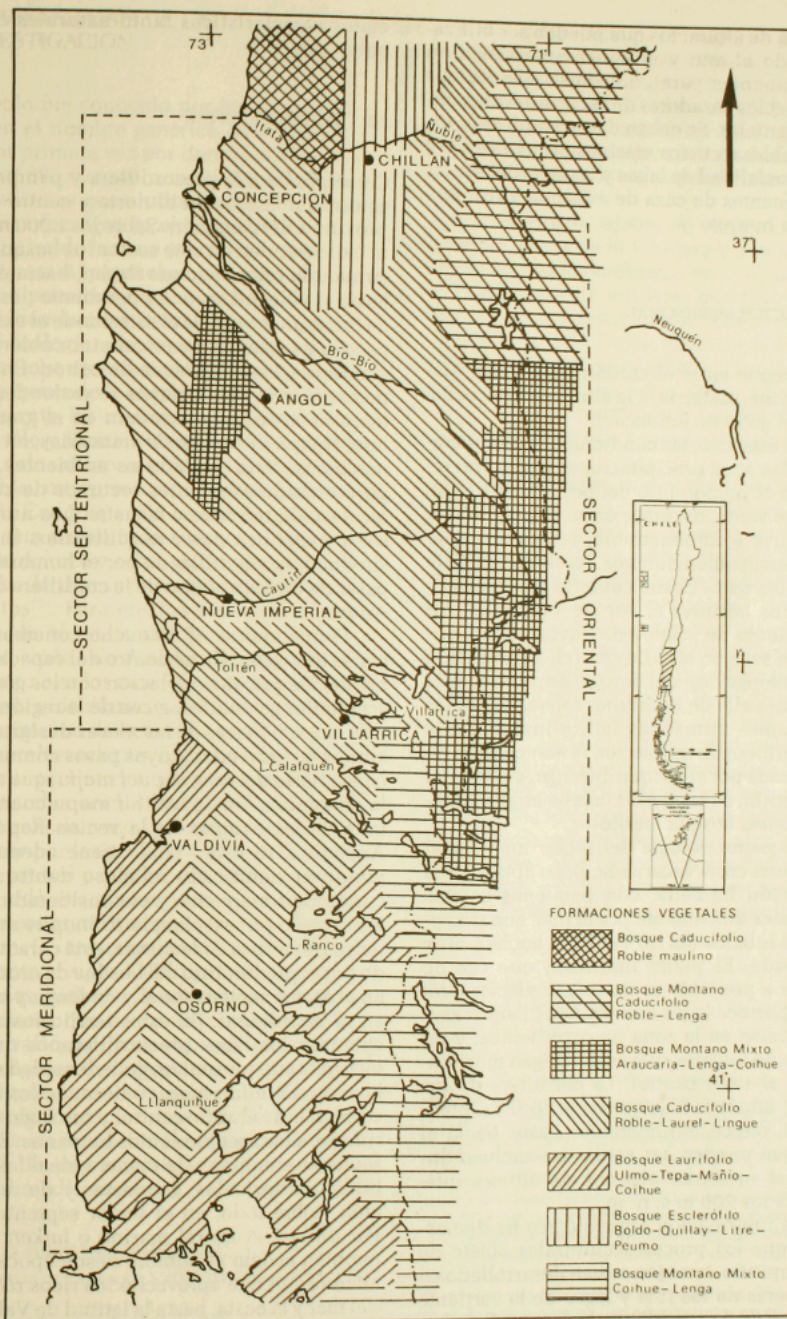


Figura 1. Divisiones ecológico-culturales del Sur de Chile.

1.000 m de altura, los que pueden ser utilizados todo el año y antiguamente sirvieron como puentes para contactos inter-étnicos con pueblos cazadores de la cordillera y pampas orientales. Se deben destacar, además, los inagotables recursos marinos de este sector y la potencialidad de lagos y lagunas del litoral como fuentes de caza de avifauna y recolección de huevos.

2.2. SECTOR MERIDIONAL

Se extiende entre el cordón transversal Mahuidanche-Lastarria, a la altura de Loncoche, hasta el golfo de Reloncaví.

En esta área, las condiciones de temperatura y las altas precipitaciones dan como resultado el predominio del bosque laurifolio, siempre verde, oscuro, excesivamente húmedo, denso e impenetrable, muy poco apto para la ocupación humana. La elevación de la cordillera de la Costa, cubierta por densos y húmedos bosques al sur de Valdivia, crea condiciones de sombra de lluvia, con un clima más seco en el valle central, permitiendo una prolongación del bosque de roble en esta zona, más allá de los límites tolerados por las variaciones climáticas latitudinales. En la precordillera de este sector, la araucaria es reemplazada por el bosque de *lenga*, y al sur del río Maulín, en las tierras más bajas, se extiende el denso bosque laurifolio.

La geomorfología del sector meridional forma una costa escarpada, poco apta para la ocupación humana, con pequeñas caletas accesibles únicamente por el mar, con excepción de la bahía del río Valdivia, ancha y muy despejada. El plano inclinado que cae de oriente a poniente es de origen glaciar, presenta grandes lagos con recursos para caza y recolección en la zona precordillerana, y un paisaje de lomajes suaves, de origen morrénico, en el valle central. La cordillera de los Andes, aún más baja que en el sector septentrional, ofrece innumerables pasos hacia el este, que pueden ser utilizados incluso durante el invierno, algunos de alturas inferiores a los 700 m s. n. m.

La información arqueológica ha demostrado que los procesos culturales objeto de este Capítulo también se han desarrollado en las riberas de los ríos y lagos de la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Este hecho hace indispensable agregar la consideración de un tercer sector, que presenta espe-

ciales características tanto naturales como culturales.

2.3. SECTOR ORIENTAL

Corresponde a la precordillera y pampas argentinas ubicadas en el norte y centro de la provincia del Neuquén. Sobre los 1.000 m s. n. m. se extienden en este sector los bosques de *Araucaria araucana* que llegan, hacia el sur, hasta el volcán Lanín. La pendiente desciende bruscamente hacia el este donde el extenso paisaje de pampas se encuentra cubierto de gramíneas, especialmente de coirón. Entre la precordillera y las pampas se extienden numerosos lagos, que terminan en el gran Nahuel Huapi. El bosque de araucarias, en algunos casos, llega hasta estos ambientes, proporcionando excelentes recursos de caza y recolección terrestre y lacustre. Los numerosos y expeditos pasos cordilleranos fueron, sin duda, la vía utilizada por el hombre para pasar de un lado al otro de la cordillera de los Andes.

Actualmente, el mapuche concibe categorías etnogeográficas dentro del espacio que habita, las que dicen relación con los grandes accidentes geomorfológicos de la región⁽⁵⁾. El *pire mapu* o tierras de las nieves designa a las alturas de los Andes, cuyos pasos comunican con la tierra del este, el *puel mapu*, que recibe la denominación de *waithif mapu* cuando se trata de las pampas de la vecina República Argentina. El este *-puel-* tiene además un profundo significado religioso dentro de la cosmología mapuche, y es considerado el lugar sagrado por excelencia. El *inapire mapu* o tierra inmediata a las nieves, está caracterizada por el predominio del bosque de *araucaria* en el sector septentrional y de *lenga* y *coigüe* en el meridional. En estos territorios se encuentran los lagos precordilleranos que tuvieron, y aún presentan, gran densidad de población. El *lelfun mapu* o tierra de los llanos corresponde al valle central y fue lugar preferido para los asentamientos humanos. En este sector se combinan de manera ideal las posibilidades agrícolas, ganaderas y de recolección, sobre todo, en el sector septentrional. Por último, el litoral marino o *lafken mapu* también acogió al hombre desde épocas prealfareras, el que aprovechó los ricos recursos del mar y la costa, hasta la latitud de Valdivia.

⁽⁵⁾ALDUNATE, 1978.

3. BREVE ANÁLISIS DE LA INVESTIGACIÓN

Este pueblo fue conocido por los conquistadores con el nombre genérico de *araucano*, usado por primera vez por don Alonso de Ercilla en 1589, aunque a menudo se usaron otros gentilicios que aludían a las diferentes localidades de origen (p. ej. *purenes*), o a puntos cardinales de los que procedían, respecto de los referentes (*picunches*, *picuntos*, *huilliches*). Los primeros cronistas del siglo XVI proporcionan buenas descripciones con datos sobre ecología, etnología y el proceso histórico que aún aguardan interpretaciones integrales a través de la etnohistoria. Durante el siglo siguiente, las eruditas obras de los sacerdotes Ovalle y Rosales⁽⁶⁾ entregan, junto con valiosos datos sobre la vida y costumbres de este pueblo, interpretaciones acerca del proceso de la Conquista. En este siglo aparecen crónicas que ponen énfasis en aspectos de la Guerra de Arauco y sobre estrategias para llevar a cabo la dominación de los territorios insurrectos⁽⁷⁾. Para efectos etnológicos, sin embargo, es el relato del feliz cautivo don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán⁽⁸⁾ el que proporciona los más valiosos testimonios acerca de la vida diaria, medios de subsistencia, organización de la familia y sociedad, aspectos morales, religiosos y cosmológicos de los *araucanos*. Entrega, además, asombrosos juicios morales acerca de la forma como se llevaba a cabo la conquista del reino, dignos de destacar por la época en que fueron emitidos, la juventud y cultura del observador. En los inicios de esta misma centuria ya se conoce la primera gramática y vocabulario de *mapudungun*, la lengua general del reino⁽⁹⁾.

Durante el siglo XVIII aparecen numerosas crónicas, historias, y sobre todo, informes de misioneros que en su afán evangelizador entregan valiosos datos etnográficos acerca de los indígenas de la Frontera. Responden a estas mismas intenciones los estudios lingüísticos de los sacerdotes Febrés y Havestadt⁽¹⁰⁾. Por su excepcional erudición, la profundidad de sus análisis e informaciones acerca del medio ambiente, cabe la mención

especial del naturalista chileno, padre Juan Ignacio Molina, quien se preocupa de estudiar el proceso histórico de la Frontera, la vida y costumbres de los indígenas y su economía, entregando insustituibles datos sobre la flora y fauna de nuestros territorios, así como de especies cultivadas y animales domésticos⁽¹¹⁾.

Los numerosos relatos de viajeros que llegan a las plazas de la Frontera y aun atraviesan los territorios indígenas en el siglo pasado, las crónicas de militares que tuvieron contactos con indígenas durante las campañas posteriores a la independencia y en la "pacificación" de la Araucanía⁽¹²⁾ y los informes de misioneros entregan datos sobre la rica relación que se produjo a través del sistema de la Frontera y las consecuencias de este proceso⁽¹³⁾.

En 1882 aparece el primer estudio científico que trata sobre los indígenas denominados *araucanos*, obra del historiador, hombre de letras e incansable investigador José Toribio Medina. Recopila ésto informaciones etnográficas recogidas personalmente y las coteja con otras de cronistas y viajeros. Su asombrosa erudición le permite el análisis de estos datos a la luz de las últimas investigaciones realizadas por Lyell, Lubbock, Tschudi, y todos aquellos prehistoriadores, geólogos, paleontólogos, lingüistas y demás especialistas que sentaban por entonces las bases de la moderna antropología. En este sentido, se puede afirmar que Medina proporciona las primeras investigaciones antropológicas sobre los pueblos del sur de Chile, hasta entonces denominados *araucanos*⁽¹⁴⁾. Posteriormente resalta la obra de Tomás Guevara, quien entrega testi-

(6) MOLINA, 1788 y 1795.

(7) SAAVEDRA, 1870.

(8) Véase GAY, 1852.

(9) El vocablo *araucano*, denominación dada por los españoles a todos los indígenas que habitaban al sur del Itata y que continúa utilizándose para designar a los actuales pueblos de habla *mapudungun*, no ha aportado claridad a los estudios que tratan de explicar el desarrollo prehispánico o histórico del sur de Chile. Su uso ha sido ambiguo y demasiado generalizado. Latcham denomina *araucanos* a quienes considera como "dos pueblos distintos": uno representante de un pueblo agroalfarero que se extendió hasta el golfo de Reloncavi y otro, resultado del mestizaje de este pueblo con migraciones de las pampas orientales que hablaban la misma lengua (1922 b). Menghin da esta denominación a las distintas manifestaciones agroalfareras que se desarrollan en estos territorios, extendiéndola para designar a los actuales indígenas que los habitan (1962). A pesar de que opiniones tan

(6) OVALLE, [1646] 1969; ROSALES, 1877.

(7) GONZÁLEZ DE NAJERA, [S. XVII] 1971; QUIROGA, [1656] 1979.

(8) NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, 1863.

(9) VALDIVIA, 1887.

(10) FEBRÉS, 1882; HAVESTADT, 1883.

monios etnográficos de importancia. Dentro de sus numerosos estudios sobre estos indígenas, para los efectos de este capítulo, se destacan los problemas genéticos, y establece, al igual que Medina⁽¹⁵⁾, la unidad cultural de los pueblos que hablaban el idioma mapudungun. Estos habrían llegado a su actual asentamiento desde el norte, por vía de la costa, mezclándose con los pueblos pescadores e internándose por las vías fluviales⁽¹⁶⁾. Ricardo Latcham, en su abundante bibliografía, también nos entrega estudios acerca de estos indígenas. Uno de los temas que verdaderamente entusiasmó a este antropólogo fue el del origen de los araucanos⁽¹⁷⁾. Latcham postuló que este pueblo era el resultado de una invasión de indígenas pampinos, que denominó *moluches* y que poco antes de la llegada del inca habrían ocupado los territorios entre los ríos Itata y Toltén. Los *moluches*, cazadores y guerreros por excelencia, habrían conquistado la población aborigen de esa zona quebrando, de este modo, la homogeneidad étnica preexistente entre el Choapa y el golfo de Reloncaví. Esta última era una población agroganadera con importantes influencias chinchas, llegada del norte entre el 1.100 y el 1.400 d. C. El resultado del mestizaje entre *moluches* y la población local eran los *mapuches*, que se introdujeron como una cuña entre los antiguos habitantes, dando origen a los *huilliches*—gente del sur— y *picunches* pueblos del norte. Para fundamentar esta hipótesis, Latcham esgrimió pruebas etnográficas, lingüísticas, arqueológicas e históricas. Fue tal el peso de las argumentaciones de este autor y el número de publicaciones escritas en tal sentido, que su influencia ha permanecido vigente hasta hoy en círculos no especializados. Tanto Latcham como Guevara no

autorizadas como Casamiquela (comunicación personal), recomiendan no abandonar este término, ya conocido internacionalmente para designar a los indígenas que habitaban el sur de Chile a la llegada de los españoles, en este trabajo sólo nos referiremos a los *araucanos*, cuando son citados así por un determinado autor. Para el período prehispánico se prefiere utilizar el ya aceptado criterio arqueológico de "sitios tipo", con lo que se evitan *problemas etnológicos aún no resueltos*. Después de la Conquista, los datos arqueológicos, interpretados con los históricos y etnológicos, permiten identificar una etnia, a la que se denominará mapuche, nombre que sus integrantes se dan desde épocas inmemoriales.

advertien influencias incaicas entre los araucanos prehistóricos. El primero sostiene que la alfarería decorada en negro y rojo sobre blanco, que tradicionalmente ha recibido el nombre de estilo Valdivia, es preincaica, de origen chincha, y el segundo, que es producto de los obrajes de olleros *yanaconas* peruanos establecidos por los españoles en Valdivia, durante los siglos XVII y XVIII. Latcham también adhiere a esta opinión, para explicar la presencia de esta alfarería en yacimientos posteriores a la Conquista.

Fue el prehistoriador O. Menghin el primero en poner en duda la tesis de Latcham no sólo rebatiendo los antecedentes etnológicos y prehistóricos entregados por este autor, sino también a través de lo que quizás fue la primera investigación arqueológica sistemática en el área⁽¹⁸⁾. Argumentando sobre la base de la homogeneidad lingüística prehispánica, la literatura arqueológica, que hasta el momento sólo se basaba en excavaciones ocasionales y salvatajes—y sus propias investigaciones, Menghin aboga por la unidad étnica y rechaza la intromisión de los pampeanos, contacto que se habría producido sólo en épocas poshispánicas y con modalidades muy diferentes⁽¹⁹⁾. Menghin establece la segunda secuencia cronológica para la ocupación de estos territorios meridionales de Chile. Para la etapa agroalfarera, postula un período "Paleo araucano" con dos subperíodos, el "Pitrenense", anterior a la llegada del inca y el "Vergelense", desarrollado antes y después de aquella invasión, pues se advierten influencias incaicas en la decoración de la alfarería de la última etapa del mencionado subperíodo. El "Neo Araucano"—que Menghin divide en varios subperíodos—es el período posterior a la conquista hispana, en el que subsisten las influencias incaicas.

Las investigaciones de Menghin también se refieren a problemas de origen, y clasifica a los araucanos dentro del subgrupo mongoloides de los ándidos y sostiene vinculaciones genéticas con el noroeste argentino, y en especial con la cultura Candelaria⁽²⁰⁾. La cronología relativa establecida por este autor y, sobre todo, la postulación del subperíodo Pitren como la base del desarrollo agroalfarero regional, son planteamientos que se mantienen vigentes hasta hoy. En cuanto a la terminología,

(15) MEDINA [1852] 1952.

(16) GUEVARA, 1929.

(17) LATCHAM, 1927 b; 1928 a, b y c.

(18) MENGHIN, 1962.

(19) CANALS FRAU, 1946.

(20) MENGHIN, 1962.

propone emplear el vocablo "araucano" para designar a picunches, mapuches, huilliches y cuncos, es decir, a todos los pueblos que hablaban *mapudungun*. En las dos últimas décadas son pocas las investigaciones que se han realizado sobre este tema; sin embargo, la intervención de arqueólogos profesionales ha proporcionado excavaciones sistemáticas con buenas descripciones de contextos. Desgraciadamente, pocas de ellas han surgido basadas en planteamientos o marcos teóricos previos. Se destacan por el afán de buscar cronologías absolutas y el énfasis etnoarqueológico, los estudios de Gordon⁽²¹⁾, Dillehay y Gordon⁽²²⁾ y en Argentina, las investigaciones de Adan Hajduk⁽²³⁾. Consideramos como positivo que investigaciones de sitios con rigurosas descripciones de contextos, precedan al problema de los orígenes, que durante mucho tiempo concentró el interés de los especialistas, distrayendo la atención sobre la historia cultural del área. Uno de los avances cualitativos de más importancia de los últimos años ha sido los trabajos efectuados por Falabella y Planella⁽²⁴⁾ en Chile Central, donde han establecido la existencia de un complejo cerámico formativo desarrollado durante los primeros tres siglos de nuestra era y que denominan Llolleo, que por su estrecha afinidad con Pitren puede constituir el sustrato común de los pueblos prehispánicos de habla mapuche⁽²⁵⁾.

4. LOS COMPLEJOS FUNERARIOS PREHISTÓRICOS

Debido al énfasis que se ha puesto en la excavación de cementerios, que son casi el único tipo de sitios trabajados por los arqueólogos del área, hasta el momento no resulta posible intentar una cronología que nos ilustre sobre los desarrollos culturales. La mala conservación de materiales orgánicos ha conspirado en contra de una mejor documentación de estos sitios, de los que se rescatan casi única-

mente objetos de cerámica y piedra⁽²⁶⁾. Los exigüos fechados absolutos disponibles tampoco ayudan a la ubicación de estos sitios funerarios dentro de una secuencia, la que generalmente sólo se basa en criterios de ausencia o presencia de "influencias" atribuibles al inca o coloniales.

Una solución para dar una visión del estado actual de las investigaciones en esta área, ha sido el intentar aislar complejos⁽²⁷⁾ funerarios caracterizados por la modalidad de enterramiento y el ofertorio. Los numerosos trabajos estudiados no describen siempre la forma que adoptan los enterratorios y las ofrendas fúnebres están compuestas casi exclusivamente por cerámica. No obstante, se plantearán determinados complejos fúnebres y fundamentalmente ceramológicos, sus ubicaciones en el espacio y el tiempo y, cuando sea posible, se intentará sugerir algunas fases regionales.

Para identificar los complejos y fases se ha usado el criterio de "sitio tipo", respetando la nomenclatura terminológica ya establecida por los investigadores.

4.1. EL COMPLEJO PITREN

Hasta el momento, Pitren representa la primera ocupación agroalfarera del sur de Chile⁽²⁸⁾. Trabajos ulteriores han demostrado que este complejo cultural se extiende desde la cuenca del Bío-Bío hasta la ribera norte del lago Llanquihue, abarcando toda el área de este estudio. En el centro y norte de la provincia de Neuquén también se ha detectado este complejo⁽²⁹⁾. Hasta hace poco se postulaban fechas muy tardías para esta expresión cultural⁽³⁰⁾; sin embargo, recientes trabajos⁽³¹⁾ han

(26)El rescate de material orgánico perecible que entregan los trabajos de Chizelle, Coronado y Seguel (1969), así como todas las excavaciones realizadas por Hajduk (ob. cit.), demuestran que una técnica de excavación apropiada puede suplir estas desventajas naturales.

(27)Se entenderán por "complejo funerario" todos los elementos del comportamiento social que se reflejen en el registro arqueológico de los sitios funerarios en un lugar y tiempo determinados (cfr. LANNING, 1967: 209). Cada complejo puede presentar fases locales o cronológicas (cfr. POLLARD, 1970: 38).

(28)MENGHIN, 1962.

(29)HAJDUK, 1981 y 1984.

(30)MENGHIN, ob. cit.

(31)Quinta Semana Indigenista, Temuco.

(21)GORDON, 1978 y 1983.

(22)DILLEHAY y GORDON, 1977.

(23)HAJDUK, 1978; 1981; 1984.

(24)FALABELLA y PLANELLA, 1979.

(25)ALDUNATE, et. al., Ms.

demostrado que el complejo Pitrén ya se hallaba presente en el valle del Cautín hacia el 660 d. C.⁽³²⁾⁽³³⁾.

Los cementerios pertenecientes a este complejo no permiten, por el momento, definir una modalidad funeraria característica; las condiciones de humedad han permitido sólo la conservación de tiosos cerámicos —ollas y jarros— que se definirán en sus rasgos más distintivos. Hay abundancia de jarros asimétricos globulares, con asa puente que comienza en el labio y remata frecuentemente en un modelado zoomorfo adherido al cuerpo. Entre el cuello y el cuerpo, estos jarros asimétricos a menudo presentan un abultamiento o "papada" que les da un aspecto muy característico. Otras veces estos cerámicos adoptan formas fitomorfas, zoomorfas (ranas, patos) o antropomorfas, estos últimos, con ojos tipo "granos de café". Los jarros simétricos son también globulares y tienen generalmente el cuello cilíndrico y recto. Las asas cinta siempre nacen a media altura del cuello y llegan al cuerpo presentando a veces una protuberancia en su parte superior. En otras oportunidades hay pequeñas asas de suspensión circulares en el cuello. Es también frecuente un tipo de jarro globular simétrico con un mango que sale recto del cuerpo, en sentido diagonal, el que tiene en su extremo un modelado zoomorfo. Estos jarros a menudo tienen una o dos incisiones entre el cuello y el cuerpo con un abultamiento anular, rasgo diagnóstico de este complejo. Todas son piezas de buena factura y cocción, algunas de ellas cubiertas por pintura roja y una débil decoración en negro de puntos y líneas en sentido vertical, afectando toda la superficie exterior del jarro, hecha en pintura resistente⁽³⁴⁾ (figura 2).

Los cementerios del complejo Pitrén⁽³⁵⁾ son, en general, pequeños y aislados, y se encuentran situados al sur de la cuenca del Bío-

Bío, con una mayor concentración en los lagos de la zona precordillerana. Estos hechos sugieren el establecimiento de grupos familiares reducidos en las riberas de los lagos y ríos, dotados de movilidad estacional, que dependían de los ciclos de caza de camélidos, cérvidos y fauna menor, y sobre todo, de la recolección de frutos y alimentos vegetales que proporciona el bosque de robles y el piñón de la araucaria en los sitios precordilleranos del sector septentrional. Es probable que las actividades agrícolas sólo se reducían a cultivos de papas en pequeños huertos y, posiblemente maíz, en los reducidos espacios despejados del bosque. La domesticación, amansamiento o adaptación del camélido —chiliweke— a este medio de tierras más bajas y húmedas, es posible que se haya iniciado en esta época.

Excavaciones de sitios de cementerios y habitacionales asignados al complejo Pitrén han sido realizadas por Hajduk⁽³⁶⁾ en Argentina y han demostrado la existencia de este complejo cultural, en la región central y norte de la precordillerana provincia del Neuquén. Se trata principalmente de sitios habitacionales transitorios o paraderos cuya excavación ha rendido cerámica Pitrén asociada a pipas con doble boquilla en forma de "T" invertida de piedra y cerámica; torteras de cerámica; tembetá discoidal y de clavo corto con aletas, tronco cónico y de clavo largo, todos de piedra; cuentas de collar de malaquita; fragmentos de molinos y manos de moler, y gran cantidad de artefactos y desechos de industria lítica, entre los que se destacan puntas de proyectil triangulares apedunculadas de calcedonia y obsidiana. Dentro del material orgánico se debe mencionar gran cantidad de piñones, fruto del pewén (*Araucaria araucana*) carbonizados, restos de armadillo, huevos

⁽³²⁾GORDON, 1983.

⁽³³⁾Se debe resaltar que ya en la década pasada y durante el desarrollo del Coloquio organizado por el Proyecto Regional Patrimonio Cultural Andino (P.N.U.D.), Lumberas señalaba que el complejo Pitrén debía ubicarse a mediados del primer milenio de nuestra era. Lo repite al redefinir el Área Andina Extremo Sur (LUMBRERAS, 1981).

⁽³⁴⁾MENGINH, 1962; HAJDUK, 1978.

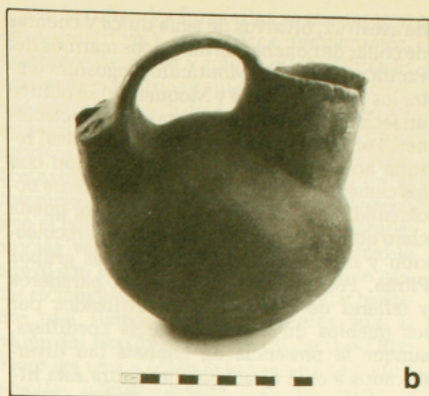
⁽³⁵⁾Los cementerios Pitrén son: en el lago Panguipulli, Pitrén (MENGINH, 1962), en el Calafquén, Pucura 1, Trairaico y Challupén 2 (BERDICHEWSKY y CALVO, 1972-3), en el lago Riñihue, Trui-Trui (MENGINH, ob. cit. 28), y en el

lago Ranco, dos sitios ubicados en la calle Concepción del pueblo Lago Ranco (FRANCO, 1960). En el valle central, el único cementerio correspondiente a este complejo que ha sido debidamente documentado es Huimipil, al noroeste de Temuco (GORDON, 1983). No resulta clara la adscripción del nivel D1 del sitio habitacional cueva Los Catalanes (MENGINH, ob. cit.), así como los estratos 7 a 4 del sitio Pucón VI, excavado por Ximena Navarro (véase DILLEHAY, 1983). En el sector oriental, en cambio, la presencia de Pitrén es manifiesta en los sitios-paraderos trabajados por Hajduk en Bajo de Añelo (1978, 113) y el montículo Angostura, ubicado entre los lagos Aluminé y Moquehue (1978; 112 y 1981).

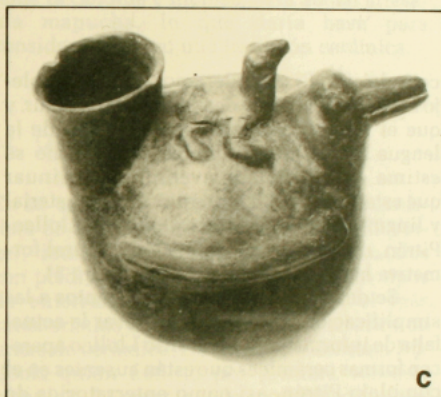
⁽³⁶⁾HAJDUK, 1978; 1981; 1984.



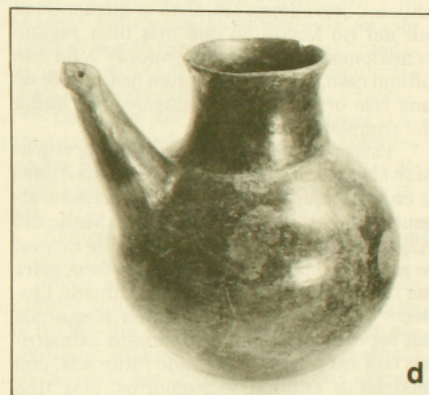
a



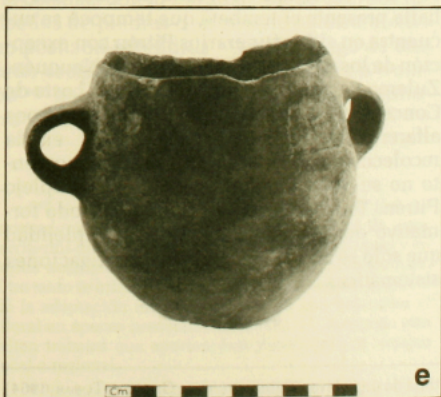
b



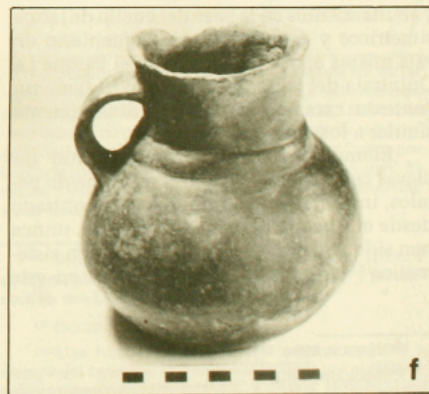
c



d



e



f

Figura 2. Cerámica Pitrén.

a. Jarro asimétrico (pato) fitomorfo. Col. Museo Lago Ranco.

b. Jarro asimétrico (pato) sitio Pitrén (Menghin 1962, fig. 9 N° 5). Col. Depto. Antropología Universidad de Chile.

c. Jarro modelado zoomorfo, Challupén. Col. Museo Nacional de Historia Natural.

d. Jarro simétrico con asa-mango. Col. Museo Lago Ranco.

e. Olla utilitaria (challa), sitio tipo Pitrén (vid. Menghin 1962, Fig. 8 N° 5). Col. Depto. de Antropología U. de Chile.

f. Jarro simétrico con reborde en cuello. Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

de avestruz, bivalvos de agua dulce y cuentas de collar de conchas de moluscos marinos del Pacífico. En el sitio Montículo Angostura (entre los lagos Alumín y Moquehue) se obtuvo un fechado de 1050 d. C. para estas asociaciones. Por tratarse de sitios habitacionales, resulta arriesgado aventurar una relación con los cementerios excavados en la vertiente occidental de los Andes. En todo caso, queda claro que el énfasis económico en la recolección y caza es característico de los grupos Pitrén. Posiblemente se trate de paraderos y talleres de uso estacional utilizados por los pueblos de este lado de la cordillera, aunque la presencia de tembetá tan diversificados atenta directamente contra esta hipótesis. Como sabemos, en el actual territorio chileno, este adorno labial no se encuentra al sur del río Maule, lo que más bien sugiere conexiones con el sur de Mendoza⁽³⁷⁾. En este último caso, estos sitios darían testimonio de una fase oriental y problemente más tardía del complejo Pitrén.

Este complejo está estrechamente vinculado al gran horizonte formativo de los Andes y, en particular, a las culturas del noroeste argentino⁽³⁸⁾, así como a la expresión Molle del Área Andina Meridional⁽³⁹⁾. En Chile central se establece en los primeros siglos de nuestra era un complejo formativo denominado Llolleo⁽⁴⁰⁾ que comparte con Pitrén elementos tan específicos como los ceramios asimétricos con asa puente, a menudo bifurcada, con modelados antropo y zoomorfos, ojos tipo "granos de café", pintura negativa, incisiones y abultamientos en la base del cuello de jarros simétricos y asimétricos. Un cementerio de esta misma época localizado en el Parque La Quintrala del valle del Mapocho⁽⁴¹⁾ tiene un contexto ceramológico extraordinariamente similar a los del complejo Pitrén.

Elementos tan importantes como las clavos cefalomorfas y hachas en forma de pétalos, insignias líticas que se han encontrado desde el Choapa hasta el Llanquihue, nunca han sido registrados en una excavación sistemática⁽⁴²⁾ y podrían estar presentes en este

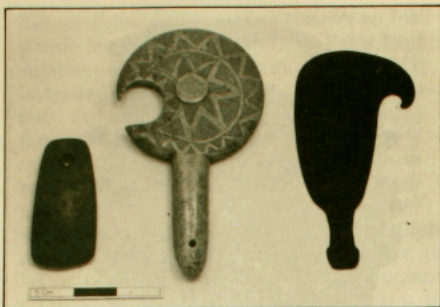


Figura 3. Insignias líticas del sur de Chile (de izq. a der.): hacha toki o tokicura; clava cefalomorfa y clava tipo "mere okewa". Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

complejo⁽⁴³⁾. Si consideramos que el complejo Llolleo se extiende desde el Choapa al sur, y que el límite lingüístico septentrional de la lengua mapuche es también este río, no se estima excesivamente aventurado insinuar que estas manifestaciones de cultura material y lingüística puedan corresponder a Llolleo-Pitrén, una temprana expansión cultural formativa hacia el sur del país⁽⁴⁴⁾ (figura 3).

Se debe, sin embargo, estar atentos a las simplificaciones a que puede llevar la actual falta de información. En el sitio Llolleo aparecen formas cerámicas que están ausentes en el complejo Pitrén, así como enterratorios de párvulos en urnas; en el sitio La Quintrala se halla presente el tembetá que tampoco se encuentra en sitios funerarios Pitrén con excepción de los sitios habitacionales del Neuquén. Zulema Seguel⁽⁴⁵⁾ ha trabajado en la costa de Concepción y Valdivia identificando grupos alfareros tempranos especializados en la recolección de mariscos, que hasta el momento no se pueden relacionar con el complejo Pitrén. Todo esto sugiere para el período formativo de esta área una mayor complejidad que sólo se conocerá con más investigaciones sistemáticas.

⁽³⁷⁾HADJUK, 1984.

⁽³⁸⁾MENGHIN, 1962.

⁽³⁹⁾MOSTNY, 1974: 148.

⁽⁴⁰⁾FALABELLA y PLANELLA, 1979.

⁽⁴¹⁾THOMAS et al., 1980.

⁽⁴²⁾El único caso de clavos cefalomorfas registrado en contexto fue el constatado por Kaltwasser en un cementerio de Valle Hermoso, La Ligua (1968). Sin embargo se

trata de una clava miniatura (véase GAJARDO-TOBAR, 1964) y el contexto que la acompaña no es diagnóstico.

⁽⁴³⁾Véase MENGHIN, 1962: 51.

⁽⁴⁴⁾ALDUNATE et al., Ms.

⁽⁴⁵⁾SEGUEL, Ms.

Tampoco se puede perder de vista que el énfasis recolector que caracteriza a los grupos del complejo Pitrén muestra una excelente adaptación a las posibilidades de la flora y fauna locales, lo que demostraría que si bien este complejo puede tener antecedentes septentrionales, probablemente se establece sobre un sustrato recolector previo, que representaría el poco conocido estadio arcaico local⁽⁴⁶⁾. En todo caso, se puede afirmar que el complejo Pitrén señala la base formativa sobre la cual se desarrollaron luego las otras manifestaciones agroalfareras del sur de Chile. Este sustrato es tan fuerte y de tanta vitalidad que muchos de sus elementos aparecen representados en forma vigorosa junto a otras manifestaciones prehispánicas posteriores, durante la Colonia e incluso en la actual artesanía mapuche, lo que daría base para considerarlo como una tradición cerámica.

4.2. COMPLEJO EL VERGEL

En las cercanías de Angol, al este de la cordillera de Nahuelbuta, se ubica el sitio El Vergel, donde han sido encontrados basurales con piedras y manos de moler y varios tipos de enterramientos, de los cuales el más característico es el de párvulos y adultos en urnas de cerámica. De acuerdo a Dillman Bullock, quien definió por primera vez este complejo, la mencionada modalidad funeraria coexiste con la inhumación de cuerpos rodeados de piedras o su simple enterramiento en posición extendida⁽⁴⁷⁾. El hallazgo de una urna asociada a una canoa funeraria o *wampo*⁽⁴⁸⁾ hace incluir este último tipo de enterramiento dentro de este mismo complejo⁽⁴⁹⁾.

⁽⁴⁶⁾Los trabajos de T. DILLEHAY (1976 y 1981 b) han demostrado que la extraordinaria riqueza natural de estos territorios fue explotada desde épocas muy antiguas y en forma notablemente eficiente por pueblos recolectores. Otro tanto se infiere de los estudios de Z. Seguel, respecto de la adaptación marítima de grupos que habitaban el litoral en épocas precerámicas (1969). Sin embargo, aún faltan trabajos que aporten más datos sobre el arcaico local o regional.

⁽⁴⁷⁾BULLOCK, 1970: 18.

⁽⁴⁸⁾GORDON, 1978.

⁽⁴⁹⁾Enterratorios del complejo El Vergel se encuentran en el sitio homónimo y en todos los alrededores de la ciudad de Angol, así como en los faldeos orientales de la cordillera de Nahuelbuta (BULLOCK, 1970). En la cuenca del río Imperial han sido detectados por Inostroza (1981).

En las ofrendas funerarias se encuentran jarros simétricos y asimétricos monocromos, engobados de negro y rojo, y ollas utilitarias con dos asas y estrías anulares en el cuello⁽⁵⁰⁾. Aparece la cerámica decorada rojo o negro sobre blanco en forma de jarros simétricos y asimétricos. La forma de estos ceramios es prácticamente la misma que se presenta en el complejo Pitrén, es decir, las asas cinta nacen bajo el labio y con frecuencia tienen protuberancias verticales (figura 4). Otro elemento nuevo son los aros de cobre en forma de placas rectangulares o trapezoidales, caracterizados casi siempre por una muesca bajo la unión del arco de suspensión al cuerpo. Otras veces los aros afectan la forma de una simple argolla, frecuentemente con sus extremos evertidos y enrollados. Fuera de contexto y en hallazgos aislados se ha encontrado en este mismo sitio gran cantidad de piedras horadadas, pipas, aros de plata y oro y dos esculturas líticas antropomorfas, una de ellas bicéfala⁽⁵¹⁾. Los sitios del complejo El Vergel ocupan principalmente el valle central entre los ríos Bío-Bío y Toltén, aunque también hay algunos hallazgos en la costa de la misma región.

Algunos de ellos han sido fechados entre los años 1100 y 1300 d. C.⁽⁵²⁾.

Datos entregados por Schneider y Latcham⁽⁵³⁾, indican que en la desembocadura del río Bío-Bío y en especial en Tirúa, se encuentra un tipo de cementerio prehispánico caracterizado por la inhumación en cistas de

En la del Gauté por GORDON, (1978). En la costa del sector septentrional, el sitio de Chiguayante puede adscribirse a este complejo (CHIZELLE, CORONADO y SEGUEL, 1969). Los enterratorios en cistas de piedra ubicados en la costa del golfo de Arauco, Nielol, Chol-Chol, Traiguén y Quepe por LATCHAM (1928 b: 211) pertenecen también a El Vergel. El estrato 3 del sitio Pucón VI rindió material perteneciente a este complejo (DILLEHAY 1983).

⁽⁵⁰⁾Esta olla utilitaria, denominada *challa*, aparece en el complejo El Vergel (véase MENGHIN, 1962) y permanece en uso hasta hoy entre los mapuches.

⁽⁵¹⁾BULLOCK, 1970.

⁽⁵²⁾Una tumba correspondiente a urna asociada a *wampo* del complejo El Vergel fue fechada por el método radiocarbónico en 1280 ± 80 d. C. (GORDON, 1978: 61). Una fecha obtenida por hidratación de obsidiana del estrato 3 de Pucón VI, dio 1219 d. C. de acuerdo al trabajo de X. NAVARRO (véase, DILLEHAY, 1983). ZULEMA SEGUEL (Ms.) informó de un enterramiento con cerámica pintada negro sobre blanco y pipas, en Tübul, fechado el 1147 ± 80 d. C.

⁽⁵³⁾SCHNEIDER, 1927; LATCHAM, 1928 a y b.

piedra. Los contextos funerarios incluyen cerámica decorada en rojo sobre blanco, con formas de jarros simétricos o pucos de base redonda y también decorados con dibujos estrellados, rojo sobre blanco, en su cara interior. Describen enterratorios similares en la costa de Concepción, Arauco, Quepe, Cholchol y otras localidades de la cuenca del Cautín. Estas tumbas que son visibles desde el exterior por tener la forma de pequeños túmulos, fueron adjudicadas por Latcham a un período preincaico, correspondiente a pueblos "prearaucanos", cuyas influencias "chinchas" se advierten en la decoración de la cerámica. Menghin establece que probablemente Tirúa podría ser una fase local y más costera del "vergelense", en su etapa preincaica. Los datos entregados por Latcham y Schneider son vagos y no han podido ser reconfirmados por trabajos posteriores. Las colecciones provenientes de sus excavaciones aún no se han podido localizar. Por el momento, se ubicará a Tirúa dentro del complejo El Vergel. Con más datos se podría incluso llegar a postular una fase regional para estas expresiones.

La presencia de cerámica decorada en el complejo El Vergel hace que sea necesario tratar aquí el problema que presenta este estilo cerámico, que ha sido conocido bajo el nombre de "cerámica Valdivia". Básicamente este estilo comprende jarros simétricos y asimétricos decorados por lo general en tres campos horizontales —cuello y parte superior e inferior del cuerpo— con elementos rectilíneos rojos y negros sobre blanco. Es frecuente que en el cuello la decoración tome la forma de líneas zig-zag verticales y paralelas; el cuerpo está dividido en dos campos que a menudo llevan la misma decoración formada por triángulos achurados, opuestos y alternados de modo que dejan una línea zig-zag en negativo. Por lo general, el asa también está decorada con líneas paralelas y triángulos llenos y opuestos por el vértice, formando clepsidras. La presencia de esta cerámica en el complejo El Vergel ha planteado el problema de su posible filiación incaica debido a su decoración. Ya Latcham⁽⁵⁴⁾ proponía que esta cerámica era de origen preincaico y la adjudicaba a los desarrollos culturales previos o "chinchas", dejando en claro que en épocas posteriores se popularizaba este estilo, pero manifestando influencias incaicas en la decoración, llegadas en épocas poshispánicas. Menghin esta-



Figura 4. Cerámica El Vergel. a. Urna funeraria (pintura roja sobre blanco en cuello). Col. Museo Dillman Bullock, Angol. b. Jarro asimétrico (pato) con pintura roja sobre blanco, Col. Museo de Cañete. c. Olla utilitaria con estrías en el cuello (*challa*) Col. Museo de Cañete.

⁽⁵⁴⁾LATCHAM, 1928 a y b.

blece la existencia de una cerámica decorada preincaica (Tirúa) contemporánea a la primera fase del "vergelense" a la que sigue una línea evolutiva representada por la segunda fase del "vergelense", con influencias incaicas y que termina con la cerámica Valdivia, que considera poshispanica⁽⁵⁵⁾.

Se estima forzado suponer influencias incaicas antes de considerar las evidentes analogías que se producen entre la cerámica decorada que se comenta y la contemporánea de Chile Central. Las decoraciones de triángulos y estrellados son características para las etapas preincaica e incaica estudiadas en las cuencas del Aconcagua, Mapocho y Maipo. Por otra parte, los fechados del complejo El Vergel (siglos XII, XIII y XIV) sitúan a esta manifestación cerámica en épocas anteriores a la llegada del *Tawantinsuyu*. Esta cerámica decorada, sin embargo, se continúa produciendo durante el período colonial y aun republicano temprano, pero las formas de los cerámicos cambian: sólo son jarros simétricos globulares con cuellos ligeramente evertidos y asas adheridas a los labios (figura 5).

Los cementerios del complejo El Vergel, ya sean urnas, cistas u otra modalidad funeraria, son siempre pequeños. Nunca aparecen asociadas más de tres o cuatro tumbas⁽⁵⁶⁾. Su ubicación en la costa y, en especial en el valle central de lo que se ha denominado sector septentrional, sugiere el establecimiento de núcleos familiares que, aprovechando las condiciones favorables producidas por la presencia de la cordillera de Nahuelbuta, se asentaban en el valle desarrollando algunas actividades agrícolas tales como el cultivo de papas, maíz, quizá porotos y quinoa.

Los sitios, siempre cercanos a los ríos, sugieren el aprovechamiento de los cursos fluviales para algún tipo de regadío o plantaciones en las riberas húmedas, durante el período estival. La recolección terrestre y marina y la caza debieron siempre jugar un papel dominante en la economía. Es probable que la domesticación o amansamiento del *chiliweke* ya se hallaba consolidada. No se encuentran sitios de El Vergel en la precordillera ni los lagos subandinos, lo que refuerza la hipótesis de un probable énfasis agrícola en este complejo. El sitio Pucón VI, cuyo estrato tres podría ser adscrito a El Vergel, sugiere probables incursiones temporales de caza y reco-

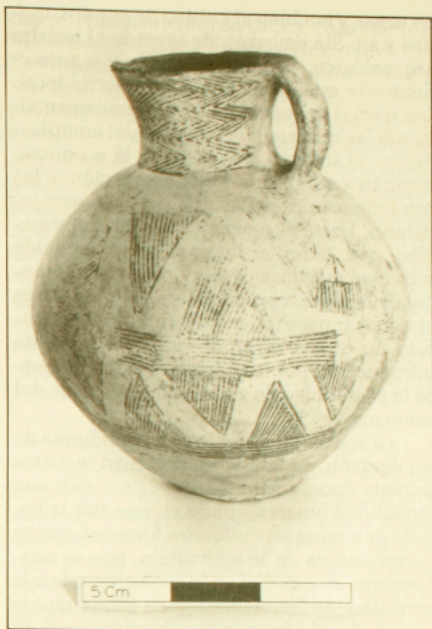


Figura 5. Cerámica estilo Valdivia. Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

lección a la precordillera⁽⁵⁷⁾. Tampoco está presente este complejo en el sector meridional (al sur del cordón Mahuidanche-Lastarria), lo que se explica por las desfavorables condiciones de este sector para la práctica de labores agrícolas, con la excepción del cultivo de la papa. Tampoco se han detectado sitios El Vergel en la vertiente oriental de los Andes.

Es probable que en el sector meridional y en la precordillera del Neuquén el complejo Pitrén haya permanecido después del primer milenio de nuestra era; así lo sugieren la tardía fecha de 1050 d. C. para un contexto asignable a este complejo en el lago Alumine⁽⁵⁸⁾ y la cantidad de sitios Pitrén detectados en Lago Ranco⁽⁵⁹⁾.

En lo que respecta a la génesis del complejo El Vergel, ya se señaló que algunos rasgos de la decoración en la cerámica podrían indicar vinculaciones con procesos contemporáneos de Chile Central, desde donde pudo llegar posiblemente el enterratorio

⁽⁵⁷⁾DILLEHAY, 1983.

⁽⁵⁸⁾HADJUK, 1981.

⁽⁵⁹⁾FRANCO, 1960.

⁽⁵⁵⁾MENGHIN, 1962: 46.

⁽⁵⁶⁾BULLOCK, 1970, INOSTROZA, 1981.

en urnas y también el cultivo de porotos, quínoa y ají. Sin embargo, de acuerdo al registro arqueológico, es indudable que estos antecedentes se establecen sobre una matriz local. Las formas de los ceramios son fundamentalmente las mismas que aquellas del complejo Pitrén. El sustrato recolector de la economía también sugiere una larga adaptación a las condiciones diferentes que presenta este territorio. Hasta el momento, no hay información que permita interpretar la probable actividad metalúrgica que se podría desprender de la presencia de los aros de cobre en las ofrendas funerarias, cuya forma sugiere también un origen septentrional y su probable introducción por intercambio. También queda la posibilidad de que se trate de trabajo del cobre nativo⁽⁶⁰⁾.

La aparición de las urnas como forma de sepultación, de la que no se tienen registros durante épocas coloniales, sugiere que esta modalidad funeraria pudo representar la llegada de elementos culturales foráneos con un mayor énfasis en la agricultura, que se establecieron en especial en la zona oriental de la cordillera de Nahuelbuta y en forma rápida fueron absorbidos por la población local. El enterratorio en canoa (*wampo*) que aparece en este complejo es una modalidad local que adquirirá gran popularidad durante el período poshispánico.

5. CULTURA MAPUCHE

Hasta aquí se han descrito sólo complejos funerarios. Los datos arqueológicos disponibles no han permitido ir más allá y definir las posibles implicancias etnológicas o culturales que los artefactos y modalidades presentes en la funebria, revelan. A partir de la conquista hispana, sin embargo, se cuenta cada vez con una mayor información documental que permite interpretar los restos arqueológicos con otra dimensión y poner en evidencia fenómenos culturales de mayor envergadura.

⁽⁶⁰⁾BULLOCK (1970: 105) transcribe el análisis de composición metálica de aros de cobre encontrados en una urna: 75,4% de cobre, 8,49% de arsénico, 1,24% de fósforo y 0,16% de plata.

5.1. LOS PRIMEROS TESTIMONIOS

Las cartas de Pedro de Valdivia y las crónicas de González de Nájera y Góngora Marmolejo, Bibar y Mariño de Lobera, primeros testigos de la conquista hispana en estos territorios, relatan la existencia de un pueblo muy numeroso que ocupaba las riberas y desembocaduras de los ríos, litoral marino, islas y lagos precordilleranos, al sur del río Itata. Notables concentraciones humanas son descritas para el valle central al sur y oriente de la cordillera de Nahuelbuta, en la bahía de Valdivia y en el lago Ranco. Aunque estas crónicas se refieren al cultivo de papas, maíz, porotos y quínoa, las prácticas agrícolas seguramente estuvieron limitadas a una rudimentaria horticultura estacional bajo el sistema de tala y roza⁽⁶¹⁾ o en claros de los despejados y asoleados bosques de robles. Por las condiciones climáticas, es de suponer que la papa era la especie de más éxito, aunque el maíz y los otros granos también pudieron adaptarse en el sector septentrional. Posiblemente hubo variedades de porotos adaptados a este clima, y gramíneas como la *teca* para elaborar harina⁽⁶²⁾. La calabaza, el zapallo y el ají también parecen haber sido cultivados. El desarrollo de algunos cultígenos como cereales (*magu*) y gramíneas oleaginosos (*madi*) es probable que se encontrara en vías de consolidación. Sin duda la recolección de la variada y rica gama de recursos que ofrecían el litoral marino, el bosque de *Nothofagus* y el *pewén* cordillerano deben haber ocupado el primer lugar en la subsistencia de este pueblo. La caza también debe haber jugado un papel importante, pero no tanto como la pesca y recolección marina muy bien documentadas desde Concepción a Valdivia, con uso de embarcaciones, técnicas de pesca y recolección, incluso con buceo.

Respecto a la domesticación de animales, parece que el *chiliweke* era un camélido distinto de la llama y la alpaca⁽⁶³⁾ amansado o en vías de domesticación. Su escasez, el extraordinario prestigio que acarrearba la posesión de un corto número de estos animales, el hecho de que no fuera usado como medio de carga sino sólo como objeto de intercambios o banquetes ceremoniales, hacen presumir una ganadería incipiente en el período prehispá-

⁽⁶¹⁾DILLEHAY, 1976.

⁽⁶²⁾KELLER, 1952.

⁽⁶³⁾MOLINA, 1788: 358.

nico tardío. El perro fue una especie doméstica de importancia como alimento y medio de intercambio. El origen de la gallina "araucana" y el momento de su domesticación, aún no se puede esclarecer.

El idioma que hablaban estos grupos era "la lengua que corre en todo el Reyno de Chile"⁽⁶⁴⁾, desde el Choapa al sur. Las agrupaciones se formaban sobre la base de familias extendidas, unidas por vínculos de parentesco patrilineales, con un patrón de asentamiento disperso y bastante móvil. Vínculos de afinidad establecidos mediante el sistema de matrimonio exógamo⁽⁶⁵⁾, lazos afectivos, de lealtad y cooperación con las familias de las mujeres ligadas al patrilinaje localizado, pertenencia a linajes más amplios que remontaban sus orígenes a ancestros míticos⁽⁶⁶⁾, celebraciones religiosas y actividades lúdicas y guerreras, tendían a crear vínculos entre estas agrupaciones, estableciendo una individualidad étnica y cultural.

La estructura social de los grupos no estaba jerarquizada y se basaba más en las características personales del líder que en factores genealógicos u otros más institucionalizados. Correspondería al concepto de liderazgo en sociedades igualitarias⁽⁶⁷⁾. En épocas de peligro, se advierte una mayor cohesión que une a varios grupos, bajo la institución del toki, líder guerrero bajo cuyo mando se organizaban las campañas bélicas y cuyo poder terminaba junto con el conflicto. Una posición de prestigio la ocupa el chaman (*machi*) que tiene a su cargo la explicación del mundo, reafirmando la identidad, valores y cosmología de los grupos.

5.2. LA INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA

Los sitios funerarios de esta cultura se caracterizan por sus grandes dimensiones y dilatada ubicación espacial, abarcando los sectores septentrional, meridional y oriental ya descritos. Comprenden varias modalidades

de enterramiento: en canoa, cistas de piedra e inhumaciones directas en la tierra. No hay sepultaciones en urnas. En estos diferentes tipos de tumbas se encuentran ofrendas bastante homogéneas, que presentan gran variedad de tipos cerámicos. Persisten las antiguas formas de jarros asimétricos y simétricos, los modelados e incisiones o abultamientos anulares en la base del cuello y las *challas* u ollas con estrías circulares en el cuello. Se advierten, sin embargo, algunas modificaciones. Los jarros simétricos han adoptado formas más estilizadas, los cuellos son evertidos e incluso a veces tienen vertederas; las asas de estos jarros invariablemente nacen del labio donde a menudo presentan una o más protuberancias y terminan en el comienzo del cuerpo, muchas veces en forma de cinta aplicada con terminación redondeada. Las formas son por lo general mucho más grandes que en los anteriores complejos y aparecen nuevos modelos como las tazas con asa, los platos extendidos con bordes anchos y grandes ánforas con reborde en el cuello. Los ceramios están recubiertos de un engobe negro o pardo o frecuentemente pintados de rojo. Los jarros simétricos a menudo presentan en el labio, parte superior del asa o en el cuerpo, pequeños trozos de cuarzo o loza europea incrustados, formando líneas, cruces griegas o de San Andrés. Son muy escasos los jarros con pintura resistente de elementos lineales o punteados en sentido vertical, con pigmento negro sobre la pintura roja del ceramio. Hay gran cantidad de jarros simétricos pintados en rojo o negro sobre blanco con decoraciones geométricas: en el cuello presentan líneas quebradas paralelas en sentido vertical y el cuerpo está dividido en dos campos horizontales de igual dimensión y decoración (dos líneas de triángulos achurados opuestos) de manera que entre ellos queda una línea quebrada en negativo. Las asas tienen triángulos llenos formando clepsidras, separadas por líneas horizontales (figura 6). Esta decoración se repite siempre de manera casi idéntica, con muy poca variación. Otros elementos de las ofrendas fúnebres son: torteras de madera, piedra y cerámica; pendientes, agujas, medallas y otros adornos de plata o cobre, collares de cuentas de vidrio, herramientas de hierro, estribos, espuelas y otros elementos de uso ecuestre y frecuentemente restos de caballo.

Estos complejos funerarios se encuentran ocupando la costa, valle y precordillera del sector septentrional; toda la cuenca del río Calle-Calle-Valdivia hasta su desemboca-

⁽⁶⁴⁾ VALDIVIA, 1887.

⁽⁶⁵⁾ Al parecer, los vínculos de parentesco patrilineal y el matrimonio exógamo y virilocal, que caracterizan al actual sistema social mapuche (FARON, 1969), se remontan a épocas prehispánicas. Así lo sugieren los trabajos etnoarqueológicos de DILLEHAY y GORDON, (1977) y el análisis de tempranas crónicas (ALDUNATE, 1982: 68 y 69).

⁽⁶⁶⁾ FARON, 1969.

⁽⁶⁷⁾ En el sentido de FRIED, 1967.

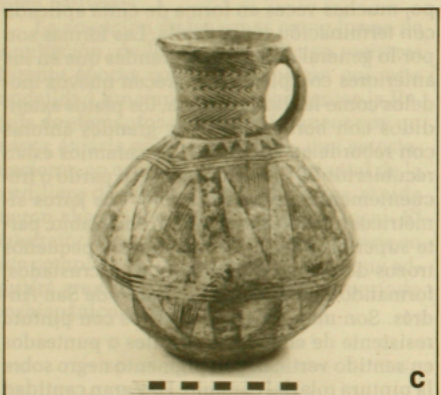
**a****b****c****d****e****f**

Figura 6. Cerámica Mapuche.

a. Jarro asimétrico (pato), Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

b. Olla utilitaria (Challa) con estrías en el cuello, Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

c. Jarro estilo Valdivia, Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

d. Taza, Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

e. Jarro simétrico con reborde en el cuello, Col. Museo de Cañete.

f. Plato decorado blanco sobre rojo (estilo Ranco o Tringlo), Col. Museo Chileno de Arte Precolombino.

dura, el valle central y los lagos precordilleranos en el sector meridional. Al otro lado de los Andes, en el norte y centro del Neuquén, se presenta con idénticas características⁽⁶⁸⁾.

En general, los cementerios correspondientes a esta cultura son de dimensiones mayores que los anteriores, existiendo casos en que los enterratorios llegan a más de cien individuos, con tumbas superpuestas⁽⁶⁹⁾. La información obtenida de estos repositorios indica claramente una época poshispánica, que debe abarcar desde fines del siglo XVI hasta el período republicano decimonónico.

La abundancia de cementerios, su recurrencia en todos los territorios al sur del río Bío-Bío y la riqueza de los mismos en términos de las ofrendas funerarias son sugerentes respecto de los procesos que los aborígenes sufrieron después de la invasión europea, que conocemos a través de documentos históricos. A fines del siglo XVI, la conquista hispana de estos territorios trae como consecuencia el dominio sobre la población indígena que los habitaba, que se materializa en las siete ciudades fundadas en estos contornos. Sin duda, uno de los préstamos culturales más importantes que el indígena recibió del europeo e incorporó con inusitado éxito a su sistema de vida fue el caballo⁽⁷⁰⁾. La rebelión que culmina en los últimos años del siglo con el desastre de Curalaba y la destrucción de las ciudades, da cuenta del éxito con que los aborígenes repelen a sus agresores, y sugiere una

eficaz cohesión de la sociedad invadida. El sistema de la Guerra de Arauco que se instaura después de 1640, provoca una confrontación que dura casi trescientos años, la que junto con reafirmar la identidad étnica, crea mecanismos de contacto con la sociedad colonial, que son aprovechados por el indígena. El mestizaje, en especial sobre la base de cautivos, es valorado en términos de status. El intercambio realizado a través de fuertes, misiones y comerciantes que penetran en estos territorios durante los largos períodos exentos de fricciones, crean condiciones económicas muy ventajosas para los indígenas. Uno de los elementos más importantes de este intercambio es el ganado equino y vacuno que los indígenas obtienen aprovechando sus contactos y alianzas con pueblos aborígenes serranos y cordilleranos⁽⁷¹⁾.

Esta constelación de nuevas influencias y transformaciones que se producen como consecuencia de las peculiaridades que adopta la dominación hispana en estos territorios, sugiere que es en este período poshispánico cuando se consolida la etnia que hoy conocemos como mapuche. Ésta incorpora elementos étnicos y culturales de indígenas serranos y transcordilleranos así como también hispanos, homogeneizando la población que ocupaba los territorios situados al sur de la cuenca del Bío-Bío. La vitalidad y el prestigio alcanzados en esta época por este grupo hacen que parte importante de sus rasgos culturales, entre ellos el idioma, sean adoptados por aborígenes puelches, pehuenches, pampas y ranqueles, hasta producir una total aculturación de las pampas orientales⁽⁷²⁾. El estrecho contacto entre estas etnias, acelerado por continuas migraciones producto de los conflictos que se producían a ambos lados de los Andes, también afecta al mapuche. El gran desarrollo que en esta época tuvo la ganadería entre este grupo, sin duda se debe al abundante intercambio de caballares y vacunos de las pampas argentinas, que eran vendidos por los mapuches en las plazas de Chillán y Los Angeles. Estos contactos también contribuyen al desarrollo del complejo ecuestre entre los mapuches⁽⁷³⁾.

⁽⁶⁸⁾ Los cementerios registrados de la cultura mapuche en el valle central del sector septentrional están en la cuenca del río Andalién (LATCHAM, 1928b: 212); en la cuenca del Cautín está el cementerio de cistas de El Membrillo (REYMOND, 1971) al noreste de Chol-Chol, enterratorios del mismo tipo excavados en Repocura (INOSTROZA, 1981) y en la costa, San Pablo 1, en la desembocadura del Imperial correspondiente a inhumaciones en canoas. En la cuenca del Toltén está el gran cementerio de Gorbea (GORDON et al. 1972). En los lagos precordilleranos del sector meridional se encuentran Lican Ray (BERDICHEWSKY y CALVO, 1972-3), Huanehue y Huitag en el lago Calafquén, así como gran cantidad de enterratorios en el lago Ranco (FRANCO, 1960). Calle Calle, Lanco y Pucopío (MENGHIN, 1962) documentarían cementerios de esta cultura en el valle central del sector meridional. Al otro lado de la cordillera, en el sector oriental, varios cementerios ubicados en los lagos Aluminé y Moquehue, como Rebolledo Arriba y San Cabao, entre Junín y San Martín de los Andes. (HAJDUK, 1981) tienen idéntica correspondencia.

⁽⁶⁹⁾ Es el caso del cementerio de Gorbea, ubicado en las riberas del río Donguil, afluente del Toltén (GORDON et al. 1972-3).

⁽⁷⁰⁾ Para un análisis de las repercusiones de la adopción del caballo entre los mapuches, ver los trabajos de LEIVA (1977 y 1983).

⁽⁷¹⁾ Un estudio del sistema fronterizo y el intercambio comercial que allí se llevaba a efecto, realiza SERGIO VILLALOBOS (1982). La intervención que cabe al indígena en este proceso es analizada por ALDUNATE (1982).

⁽⁷²⁾ Véanse CANALS FRAU, 1946 y ZAPATER, 1982.

⁽⁷³⁾ Véase HAJDUK, 1984.

Desde el punto de vista arqueológico, sin embargo, llama la atención la diversidad de modalidades funerarias, lo que podría ser interpretado como resultado de una eventual heterogeneidad cultural. Parece poco probable atribuir las a posibles diferencias de *status*, ya que existen cementerios que dan cuenta de una sola de estas formas de sepultación y porque, básicamente, las ofrendas de todas las modalidades son similares. Si se observa la distribución espacial de estas diferentes tipologías funerarias se constata que en el sector septentrional la forma característica es la canoa de tronco de roble ahuecado o *wampo*, aunque también se encuentran cistas de piedra en la costa y el valle central. En el sector oriental también se encuentran presentes todos los tipos de sepulturas, en tanto que en el meridional sólo se han hallado inhumaciones directas en la tierra. Se advierte la probable supervivencia de Pitren en este último territorio, que al parecer tenía esta misma forma de sepultación. Como ya se señaló, existen elementos para pensar que en el sector meridional la cultura mapuche se superpone directamente sobre el complejo Pitren, el que había sobrevivido en este sector hasta épocas tardías. La escasa conservación de restos materiales no permite inferir la modalidad funeraria que adoptó el complejo Pitren⁽⁷⁴⁾, de modo que, con los antecedentes disponibles, resulta demasiado especulativo especificar más sobre las probables relaciones entre este complejo y la cultura mapuche. En todo caso, se estima que la variedad de modalidades funerarias que se observan en la cultura mapuche (canoas, cistas, inhumaciones directas en la tierra y enterramientos asociados a restos de caballo) podrían ser indicadores de los últimos vestigios de heterogeneidad cultural existentes al sur del Bío-Bío, durante esta época.

De acuerdo al testimonio de los primeros cronistas, hay zonas muy pobladas, como las cuencas del Cautín y Toltén. Las riberas de algunos lagos precordilleranos también albergaban gran cantidad de población que sin

duda se beneficiaba del intenso y productivo tráfico e intercambio con etnias serranas y pampinas. En el lago Ranco se comprueba esta situación por la presencia de innumerables cementerios que pertenecen a la cultura mapuche. Forma parte de las ofrendas funerarias de estos sitios un estilo cerámico diferente que consiste en decoraciones de líneas quebradas entre paralelas, formando triángulos opuestos. Esta decoración, denominada Ranco⁽⁷⁵⁾ o Tringlo⁽⁷⁶⁾ aparece en colores blanco sobre rojo o rojo sobre blanco en el borde interior de platos extendidos, de estilo europeo. No se dispone de suficientes antecedentes para postular una fase para estos sitios de lago Ranco.

En suma, se advierte en los complejos funerarios de la cultura mapuche una indudable vinculación genética con los anteriores complejos. Subsisten modalidades funerarias y estilos cerámicos del complejo El Vergel, así como formas, modelados y decoraciones que vienen de Pitren. Nuevas formas, decoraciones y la variación de las ofrendas demuestran indudables influencias europeas. La aparición del caballo, sus restos y los artefactos relacionados con su uso están documentados por relatos de viajeros y pueden reflejar influencias del "complejo ecuestre" transcordillerano⁽⁷⁷⁾.

6. CONCLUSIONES

Sobre la base de la información arqueológica disponible, confrontada con la etnohistórica, se puede afirmar que al sur del río Itata, y a partir del 500 d.C. se producen distintos desarrollos culturales alfareros sobre una matriz que les imprime una cierta homogeneidad. Los territorios comprometidos llegarían al río Maullín por el sur y comprenderían el norte y sector central de la provincia del Neuquén en Argentina. La escasez de datos arqueológicos y etnohistóricos que se observa en el valle central y cordillera, entre los ríos Tinguiririca e Itata, puede ser interpretada como indicación de un diferente desarrollo cultural en estos territorios. Sin embargo, la circunstancia de hablarse un solo idioma entre el Choapa y el golfo de Reloncaví, la aparición de elementos aislados pero diagnósticos en estos mis-

⁽⁷⁴⁾Se debe hacer presente que no siempre es posible distinguir los restos de la canoa o *wampo* en una excavación. Esta reflexión podría tener relevancia si consideramos que, hipotéticamente, Pitren (con su modalidad funeraria de cuerpos extendidos) podría haber ocupado canoas de roble, cuyos restos hubieran desaparecido con el tiempo. Los primeros restos de canoa se han registrado de manera fehaciente en el sitio Padre Las Casas del complejo El Vergel (GORDON, 1978).

⁽⁷⁵⁾LUMBRERAS, 1981.

⁽⁷⁶⁾FRANCO, 1960.

⁽⁷⁷⁾HAJDUK, 1984: 42.

mos territorios (clavas cefalomorfas, hachas en forma de pétalo, pipas) y la identificación de un sustrato alfarero temprano similar (Llolleo-Pitrén) en la misma área, sugieren una evidente conexión entre lo que se ha llamado Chile central y el territorio que analizamos. Mientras no se aclare la prehistoria del sur del Tinguiririca, será difícil resolver este problema y el de los límites del Área Andina Extremo Sur⁽⁷⁸⁾.

Los desarrollos culturales que se observan al sur del río Itata se ubican exactamente en una unidad ecológica: el bosque de roble y su asociación con la araucaria en los sectores septentrionales altos y orientales. Las variaciones que experimenta esta unidad ecológica y los diferentes desarrollos culturales alfareros han permitido diferenciar tres sectores (figura 7).

6.1. SECTOR SEPTENTRIONAL

Se caracteriza por el dominio del bosque de roble y un clima continental en el valle central, que le otorga una excelente potencialidad agrícola. A mediados del primer milenio de nuestra era ya se han establecido, especialmente en la precordillera de este sector, grupos que muestran un énfasis recolector en su economía, los que se identifican con el nombre de complejo Pitrén. Una tecnología cerámica acabada y estrechamente vinculada a desarrollos formativos septentrionales sugiere procesos de difusión a través de los Andes. Este proceso posiblemente aportó también el cultivo del maíz, el que junto a la papa se cultivaba en pequeña escala en claros del bosque de robles o mediante el sistema de tala y roza. La notable adaptación de estos grupos al sistema de recolección local insinúa que este proceso de difusión se manifiesta sobre un sustrato local arcaico preexistente. A fines del primer milenio los datos permiten apreciar la llegada de nuevas influencias venidas del norte y cuyo principal aporte parece estar relacionado con la agricultura. Su establecimiento preferente en el protegido valle central así lo sugiere. Seguramente en esta época se extiende el cultivo del maíz y llegan los porotos, el ají, el zapallo y la quínoa. Se produce la domesticación del *chiliweke*, aunque al parecer no se puede aún hablar de ganadería. Esta nueva forma cultural se ha denomi-

nado complejo El Vergel y se establece sobre Pitrén, lo que se manifiesta claramente en los contextos funerarios de carácter cerámico. El enterratorio en urnas parece ser una difusión de formas culturales nortinas, en tanto que la aparición de la inhumación en troncos de roble ahuecado (*wampo*), sin duda es de creación local y manifestación evidente de la adaptación al medio.

6.2. SECTOR MERIDIONAL

Los mayores índices de humedad, pluviosidad y bajas temperaturas de este sector geográfico así como la presencia dominante del denso bosque laurifolio, sólo posibilitan la práctica de exiguas labores agrícolas, en especial de tubérculos, en aquella parte del valle central donde las condiciones han permitido la supervivencia del bosque de robles. Es muy importante hacer notar que en la precordillera de este sector no se encuentra el recurso del *pewén*. El complejo Pitrén llega aquí en un momento indeterminado y se establece en los lagos precordilleranos poco después del año 600 d.C. y es probable que permanezca en él hasta la conquista europea. Las condiciones ecológicas locales no favorecen el establecimiento del complejo El Vergel, que posee un mayor énfasis agrícola.

6.3. SECTOR ORIENTAL

Hay antecedentes como para postular la presencia de una probable fase del complejo Pitrén en este sector. Esta fase se establece tardíamente en estos territorios (a fines del primer milenio de nuestra era) y aporta rasgos de las pampas orientales y del sur de Mendoza⁽⁷⁹⁾. Al sector oriental tampoco llega el complejo El Vergel, lo que refuerza las hipótesis de una economía recolectora para el complejo Pitrén, esta vez relacionada al consumo del piñón, fruto de la araucaria.

Después de la conquista hispana y como consecuencia de la mayor cohesión que imponen la defensa y el establecimiento del sistema de la Frontera, surge la cultura mapuche, producto de la integración de los grupos representativos de los complejos Pitrén y El Vergel, con etnias transcordilleranas y evi-

⁽⁷⁸⁾Véase LUMBRERAS, 1981.

⁽⁷⁹⁾HAJDUK, 1984.

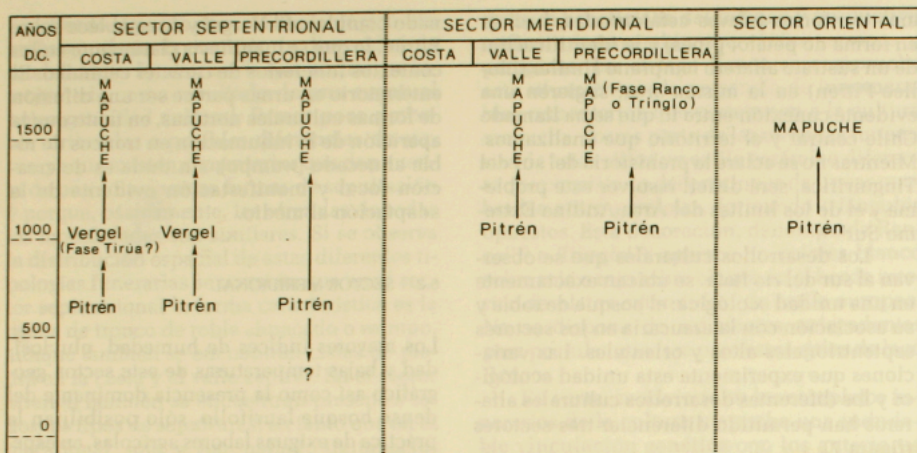


Figura 7. Síntesis cronológico-cultural del estadio alfarero en el sur de Chile.

dentos influencias hispanas. Esta cultura, que se mantiene hasta hoy con enorme vitalidad, conserva el idioma que problemente tenían los grupos representantes del complejo Pitrén⁽⁸⁰⁾. El estilo cerámico mapuche e importantes características en el nivel ideológico y cosmológico de esta cultura demuestran la impresionante tradición formativa que subyace en este pueblo hasta hoy⁽⁸¹⁾.

Se estima que el papel que jugó la agricultura en los desarrollos culturales alfareros del sur de Chile⁽⁸²⁾, nunca fue determinante, a causa de circunstancias ecológicas y de factores históricos. En las primeras épocas, la economía se basó fundamentalmente en la re-

colección. Durante el complejo El Vergel, en el sector septentrional, hubo un mayor énfasis agrícola que no alcanzó a tener importancia debido a la irrupción de la conquista española. Mientras existió el sistema de la Frontera, las tierras aptas para la agricultura eran precisamente el escenario de los esporádicos enfrentamientos. La ganadería fue, en cambio, la explotación más utilizada por los mapuches en este período, debido a las pingües ganancias que producía, ya que esta actividad se adaptaba existosamente al sistema de vida móvil y aleatorio que impuso durante trescientos años en estos territorios la Guerra de Arauco.

AGRADECIMIENTO:

Al ecólogo RODOLFO GAJARDO, cuyos trabajos y comentarios ayudaron a proporcionar el marco biogeográfico de este capítulo.

⁽⁸⁰⁾MENGHIN, 1962: 52.

⁽⁸¹⁾Véase DILLEHAY, 1983.

⁽⁸²⁾Véase LUMBRERAS, 1981: 111.